



Alicia Alonso hace una indicación durante el montaje de La bella durmiente.

El pasado 31 de diciembre se estrenó en la Ópera de París la versión coreográfica de Alicia Alonso sobre La bella durmiente del bosque, de Petipa-Chaikovski. La primera bailarina cubana realizó el montaje personalmente, y el estreno tuvo lugar en una función de gala ofrecida para celebrar el centenario del actual edificio de la Ópera de París. El elenco de la primera presentación estuvo encabezado por Noëlla Pontois y Cyril Atanassoff, en los papeles de la princesa Aurora y el príncipe Desirée, y por Wilfride Piollet y Georges Piletta, en los roles de Hada Lila y Hada Carabosse. Los diseños fueron obra del artista argentino José Varona. Esta es la tercera coreografía de Alicia Alonso que se incorpora a la Ópera de París. En 1972, Alicia realizó el montaje de Giselle, al año siguiente el Grand pas de quatre, con música de Adam y Pugnani respectivamente.

versión cubana de  
**“la bella durmiente del bosque”**  
 en la ópera de París

32

Noëlla Pontois y Cyril Atanassoff, en los papeles de la princesa Aurora y el príncipe Desirée.



A continuación reproducimos un comentario y dos críticas, que constituyen los primeros textos llegados a nuestra redacción, que reflejan el estreno de La bella durmiente del bosque.

ALICE HUBEL

France Soir. París

14 de Diciembre de 1974

Una Bella con los pies danzantes en la Ópera: Alicia Alonso. Una dama ha llegado a París. Ella prepara una bellísima fiesta, algo que se llama La bella durmiente.

El 31 de diciembre en la Opera y durante todo el mes de enero. Hechizos, sueños, Chaikovski. La dama es verdadera. Alicia Alonso, la estrella cubana que prepara la coreografía. Alicia Alonso, una de las bailarinas inmensas de los últimos tiempos, perfil agudo, turbante de seda y vestido de paño carmelita (...)

La señora Alonso está en París para trabajar: "Yo tengo suerte, una suerte gigantesca. Apasionada desde la edad de ocho años he tenido siempre lo que deseaba. Bailar. Luego entonces se trataba simplemente de continuar. A veces es duro". Para Alicia Alonso están las horas de trabajo cotidiano, el Ballet Nacional de Cuba del cual es directora; están todos los países del mundo, los Estados Unidos de donde se aleja. Béjart la vio un día sobre la escena y le pidió que bailara El lago de los cisnes. Vemos aquí una carrera de más de cuarenta años, como las que se cuentan en las novelas rosas: palacios, música, gloria, ovaciones y flores. Incluso, Alicia Alonso fue durante veinte años una bailarina ciega, la cual se movía sobre la escena con ayuda de luces guías. Ella bailaba Giselle en la Opera al lado de Cyril Atanassoff, pero no había visto jamás, verdaderamente, la Opera. Después la dama ha recobrado la vista, hace dos años. Y ha continuado como si todo fuese natural. Además, de ello no habla, habla de la danza.

CLAUDE BAIGNERES

Le Figaro. Paris 2 de Enero de 1975

La bella durmiente, velada de encantos en la Opera.

El ballet de la Opera ha terminado el año con un golpe maestro. Mas, él no es el único responsable del éxito de esta Bella durmiente, en la cual el mérito fundamental reside en que constituye un espectáculo en el sentido más fastuoso y encantador del término. Sería fácil criticar la técnica de tal primera bailarina, de ironizar sobre el dibujo barroco de tal detalle decorativo, o también sobre la línea melódica de Chaikovski, pero eso sería no amar el teatro, renunciar a maravillarse, enojarse con la magia. He aquí una velada en la que todos los elementos, sean de buen o de mal gusto, llegan a asegurar el éxito, porque ellos exaltan con una misma eficacia las cualidades escénicas de una obra concebida para asombrar divertir y encantar. Esta representación está totalmente conforme con las intenciones de Chaikovski y Petipa, quienes sabiendo mucho sobre los medios de vivificar el sueño, no retrocedían ante nada. La Opera, ante esta circunstancia, no ha sido timorata. Y ha hecho muy bien. El decorado, astutamente preparado, coloca una plataforma que permite a ciertos grupos de figuras animar a cierta altura el



Georges Piletta, como el Hada Carabosse.

Wilfride Piollet, en el rol del Hada de las lilas.



fondo de la escena. La innovación es interesante. El vestuario por otra parte es de una riqueza, de una diversidad que encantan la mirada. Las luces, de color castaño-morado, llenan de poesía el conjunto de episodios salvo, puede ser, la del bosque, que ganaría de ser un poco más irreal. Propiamente no hay que hablar de los roles que se mueven en esos tres actos. El príncipe, la Bella, no existen nada más que como personajes. Ellos son símbolos de amor, de ternura, de felicidad: ellos bailan para expresar simples estados del alma. Es la vocación fundamental de la danza clásica. Nöella Pontois ha hecho una soberbia demostración. Ha batido sin duda el record mundial de duración en equilibrio sobre una punta, en el ilustre "Adagio de la Rosa", pero sobre todo he preferido la graciosa fluidez de sus pasos, la redondez de sus brazos, la curva de su cuello. Cyril Atanassoff le ha dado una réplica de alta virtuosidad lírica y física. Se ve aquí que ha retornado a su mejor forma. En cuanto al divertimento del tercer acto, si no hay aquí el humor que la versión del Covent Garden le sabe comunicar, sí nos ha dado algunos resultados técnicos prestigiosos. Por sobre todos, Patrice Bart en el Pájaro azul pone de relieve la excepcional facultad para la elevación que posee. Desde Serge Golovine no había visto a nadie elevarse tanto. Sería necesario aún citar a Georges Piletta en la satánica Carabouse, y a Wilfride Piollet, un Hada Lila más esmerada, en realidad, que sobrenatural.

En conclusión: Alicia Alonso. Es ella quien ha resucitado esta coreografía en la cual un indudable rigor elemental nos garantiza a veces la autenticidad. Poco importa. Es un diluvio de oros, de velos azules, rosados y nieve que vuelve las sonrisas encantadas. Que pueda ese optimismo guardar su impulso durante toda la temporada que comienza.

RENE SIRVIN

L'Aurore. Paris 2 de Enero de 1975

En la Opera La bella durmiente.

Después de Giselle, El lago de los cisnes, La sílfide y Coppélia, otro gran ballet del siglo XIX hace su entrada en el repertorio del Palacio Garnier: La bella durmiente de Chaikovski.

La célebre coreografía de Marius Petipa, creada en 1890 en San Petersburgo, no había sido bailada en la Opera de Paris nada más que en ocasiones en que se hicieron representaciones excepcionales: solamente partes del ballet por la compañía de Diáguilev en 1922, después la obra completa por el Sadler's Wells de Londres en 1954 (...) y más cerca de nuestros días de hoy, en 1961, por el Kirov de Leningrado con Kolpakova y un Pájaro azul no menos excepcional, Yuri Soloviev. Más, para los parisienses La bella durmiente es la última y fabulosa producción del Marqués de Cuevas

en 1960, en el teatro de los Campos Eliseos, puesta en escena por Robert Helpmann con los fantásticos decorados y vestuarios de Lorrain, tan refinados como originales y bailada por una pléyade de estrellas que se alternaban: Hightower, Viroubova, Daydé, Melykova, Golovine, Polajenko y Pokovski. Nuestro deslumbramiento fue tal en aquel momento que aún hoy no podemos olvidarlo. La nueva producción debe pues luchar con el recuerdo que guardamos del espectáculo del Marqués de Cuevas y que nos parece muy difícil de borrar.

Pues bien, esta Bella durmiente del Palacio Garnier ha sabido maravillarnos como en el primer día, encantarnos hasta el punto de olvidar algunas torpezas; hallamos toda la maravilla y el fausto prometidos por el cuento de Charles Perrault y esperados en este período de fiestas de fin de año.

La concepción de la obra por Alicia Alonso es del todo destacada, y encuentro particularmente admirable la manera cómo ha tratado el rol de Carabouse, las entradas de la malvada hada rodeada de sus servidores, así como los grupos de los cuales surgía riendo burlescamente. Cada aparición del extraordinario Georges Piletta constituía un placer sin paralelo. Un grupo de adultos, reencontrando la ingenuidad de la infancia, exclamaba en ocasiones "¡Oh! esa es la bruja", como en el guiñol. La escena de la marcha del príncipe, durante la cual va luchando contra las fuerzas maléficas, constituye igualmente una idea excelente, a pesar de que su realización no haya alcanzado la flexibilidad y el encadenamiento destacados; pero creo también que el proyector dirigido hacia el príncipe destruye el misterio de la escena. Me deja estupefacto el que Alicia Alonso, privada de la vista durante largos años y separada del mundo, pueda realizar imágenes tan perfectas.

Los cuadros ofrecidos por el decorador José Varona son fastuosos, brillantes y de un gusto... que desconcierta. La mayor parte del vestuario posee un refinamiento extremo, como los vestidos de las hadas de las flores o los trajes de amazonas Luis XV de un cuadro que evoca los tapices de Oudry, pero algunos elementos del decorado, tales como el cuadro estilo Folies Bergère del pequeño teatro o las balaustradas doradas hacen estremecer. Esta balaustrada del primer piso es además un error monumental, ya que corta a los artistas por la mitad del cuerpo, hace que aparezca vacía la entrada de la Bella y esconde a la vista de los espectadores uno de los momentos capitales de la acción, el despertar de Aurora en los brazos del príncipe Desiré. En cuanto a la interpretación, ella nos reserva los mejores momentos de la velada. Nöella Pontois, la suprema, halla aun la manera de sobresalir, divirtiéndose al desafiar las leyes del equilibrio como el rey del cabriol en el agitado Pájaro azul, Claude de Vulpian la más poética de las hadas-flores, Wilfride Piollet un hada Lila fina y sutil, y Nicole Chouret una Cenicienta sensible... Una maravilla que deberá encantarnos a todos los públicos.